

Ignatieff, Michael:
Fuego y cenizas. Éxito y fracaso en política
Editorial Taurus, Madrid, 2014, 256 pp.

I

Las memorias de los líderes políticos suelen contener una suerte de hagiografía de la *grandeur* que trata de explicar, con un relato plagado de misticismo personal, su particular biografía política. Una biografía en la que suele rutilar el éxito de la victoria, siempre personal, y en donde los fracasos, casi siempre por causa ajena, se encuentran diluidos. Quizá por ello, John Fitzgerald Kennedy, el expresidente de los Estados Unidos, afirmaba con acidez que “*la victoria tiene muchos padres, pero la derrota siempre es huérfana*”.

El resultado suele ser un libro totalmente alejado de la realidad, donde el contraste con la hemeroteca suele ser tan brutal que, en ocasiones, permite afirmar sin rubor que determinados líderes políticos han vivido una experiencia que, en puridad, no sucedió como señalan en su biografía.

No es el caso. Alejada de esa “hagiografía de la *grandeur*”, de la gloria y el triunfo, de la continuada sucesión de victorias, Michael Ignatieff nos presenta un relato muy personal de un doloroso fracaso. El fracaso de su experiencia como parlamentario y como líder del Partido Liberal de Canadá, el partido hegemónico durante gran parte de la historia política de su país.

El autor, Michael Ignatieff, hijo y nieto de prominentes políticos ruso-canadienses, es uno de los más reputados historiadores y especialistas en Derechos Humanos, además de guionista y escritor. Profesor en Harvard y Oxford, hasta su entrada en política dirigió el prestigioso *Carr Center for Human Rights Policy* de la Kennedy School of Government de Harvard.

★ Doctor en Derecho.

II

Ignatieff comienza su particular itinerario político tratando de exponer su entrada en política. Y lo hace desde una desbordante sinceridad que, ya desde la primera página deslumbra. En ese sentido, con el libro tratar de explicar *“cómo es posible que una persona por lo demás razonable ponga su vida del revés persiguiendo un sueño o, por decirlo de un modo menos piadoso, que una persona como yo sucumba completamente a la arrogancia”*.

Una vez sucumbe a la entrada en política, tras una inesperada visita de tres “sondeadores” del Partido Liberal que actuaban por iniciativa propia, Ignatieff plantea la primera reflexión, al recordar que, *“lo primero que debes saber cuando entras en política es por qué lo haces”*, asumiendo una sencilla evidencia a la que, paradójicamente, muchos políticos no serían capaces de responder.

Dos cuestiones, en este punto, le empujan en esa dirección. En primer lugar, la experiencia familiar, que en este aspecto, constituye una ligazón con su propia biografía que, en cierto sentido, le empuja continuar la estela que, desde su bisabuelo, —ministro en el Imperio Ruso, al igual que su abuelo, exiliado tras la caída del zar Nicolás II—, finaliza en su padre, embajador de Canadá ante las Naciones Unidas y amigo personal del exprimer ministro canadiense Lester Pearson. Y, en segundo lugar, su conocimiento de la política canadiense, pese a que durante treinta años residirá fuera del país, principalmente en los Estados Unidos. Todo ello confluye, como expone, en que *“lo que más me atraía era la posibilidad de dejar de ser un mero espectador. Había visto el partido desde las gradas toda mi vida. Ahora, pensé, es el momento de saltar al campo”*.

Su entrada no fue fácil, como relata, ya que el Partido Liberal, en el gobierno entonces, no atravesaba por un momento óptimo, a causa de la crisis de liderazgo de su líder y primer ministro, Paul Martin (2003-2006), quien había sucedido al carismático Jean Chrétien (1993-2003) sin mucho éxito. En definitiva, lo que le pidieron, cuando entró en política fue, en palabras del propio Ignatieff, *“que me subiera a un barco que navegaba directo hacia las rocas”*. Y lo hizo. Y lo hizo desde el sano idealismo de quien cree que sólo por la fuerza de las ideas, puede cambiar la dinámica política de un país y presentar un proyecto ilusionante de futuro.

Lo hizo, por lo tanto, desde la inocencia, consciente de que la política desde las gradas no presente la misma dosis de crudeza que la que se vive en primera línea, y que el juego de la política consiste *“esencialmente en ser un maestro del oportunismo”*.

Lo aprendió desde el inicio, cuando sus adversarios, primero y casi constantemente, internos, en el seno de su partido, como después, ya como líder de la oposición y del partido, los externos, los conservadores en el gobierno, le recordaban su naturaleza de outsider y de arribista infantil, desconocedor de la política canadiense.

Y lo aprendió también cuando, habitual en Norteamérica, empezaron a sacar fuera de contexto frases suyas de artículos, entrevistas, libros y conferencias, para utilizarlo en su contra, y tuvo que explicarse, dándose cuenta de que, aunque dijese la verdad *“aún no había comprendido que, en política, las explicaciones siempre llegan demasiado tarde. Nunca debes dar explicaciones ni quejarte. Como mucho, si eres afortunado, lograrás vengarte”* porque, en definitiva, *“la buena o la mala fe no desempeñan ningún papel. En la política como combate vale todo, y lo que cuenta no es demostrar tu buena fe sino ganar la pelea”*.

Todo ello, a causa de que, como también advierte, —como ya hiciese McLuhan o Sartori—, la relevancia nuclear de los medios y su capacidad de influencia sobre la opinión del gran público. Mediatizando gran parte de su experiencia política, determinando su fracaso.

En ese sentido, una vez que el Partido Liberal pierde las elecciones y se abre un tiempo nuevo, Ignatieff entra en la candidatura por el liderazgo del Partido, asumiendo que la batalla será ardua y que, *“en el instante en que entras en una competición política, tus oponentes empiezan a definirte y, si no les haces frente, puedes acabar perdiendo el control de tu candidatura”*. Liderazgo que, por poco, pierde en 2006 frente a Stéphane Dion gracias a que su amigo y rival Bob Rae decide otorgarle su apoyo, abriendo un etapa breve (2006-2008), en el que es relegado a un segundo plano por el líder, hasta las siguientes elecciones en las que, de nuevo, es derrotado el Partido Liberal frente a los conservadores de Stephen Harper.

La cuestión de Québec, nuclear en la política canadiense de su constitución en 1867 y, particularmente tras los referendos de 1980 y 1995, ocupa un lugar importante para Ignatieff, dado que uno de sus referentes es el exprimer ministro Trudeau (1968-1979, 1980-1984) quien, como quebequés y canadiense, hizo de la integración entre ambos pueblos un eje fundamental de su gobierno.

Y lo hace asumiendo una evidencia tan difícil como contrastada en la política canadiense, al afirmar que *“los quebequenses han esperado muchas cosas de nuestra política nacional, pero todas se reducen a una: el reconocimiento de su identidad específica como pueblo”*.

En 2008, y tras la derrota y abandono del liderazgo de Dion, Ignatieff logra alcanzar el liderazgo liberal. Entra en el foco, dejando de ser un parlamentario y político más para convertirse en la alternativa visible al primer ministro como líder de la oposición. Y la primera lección que aprende es que *“estás entrando en el mundo del eterno presente”*, donde no existe el pasado y cada declaración o frase puede ser utilizada en cualquier momento.

Y la segunda, terriblemente caústica y, por desgracia, cotidiana, es que *“las cuestiones políticas se dividen más o menos en dos tipos: aquellas que importan solo a los políticos y al pequeño grupo de la prensa política y los partidarios que siguen el juego, y aquellas mucho menos numerosas que importan a la gente en general. Puedes destruir tu carrera si confundes el primer tipo con el segundo”*.

Por último, Ignatieff, en un capítulo que todo líder político con vocación de gobierno debe leer, se centra en lo que él denomina “*el derecho a ser escuchado*”. Un derecho que se pierde y se gana en la diatriba política ordinaria y que, para el autor, supone que “*cuando más tiempo dejes sin contestar un ataque, más dañino será, y si rechazas otorgar dignidad a los ataques, a través de una respuesta, ello implica que te has dado por vencido. La dignidad no tiene ningún papel. Si no te defiendes, la gente piensa que eres culpable de lo que se te acusa o que eres demasiado débil para luchar. Después de todo, si no das la cara por ti mismo, no la darás por ellos tampoco. Esta es la forma en la que pierdes tu derecho a ser escuchado por tus votantes*”.

Y la forma, en definitiva, en la que dejas de tener cabida en política, porque si no te valoran, difícilmente valorarán tu programa o tus propuestas. Y si no valoran tus propuestas, tampoco valorarán tu capacidad para resolver los problemas de la sociedad y los ciudadanos.

III

Recordaba el canciller Adenauer, —padre, junto con su sucesor, Ludwig Erhard, del *Wirtschaftswunder*, del “milagro económico alemán” de la posguerra—, que “*en política, lo importante no es tener razón, sino que se la den a uno*”. En ese sentido, Ignatieff, como señala en el primer capítulo de su libro, persiguió “*el fuego del poder y contemplé como la esperanza quedaba reducida a cenizas*”. Descubrió que las mejores ideas no son siempre las más valoradas, sino que las mejores ideas son las que tienen los líderes más valorados. La persona, el político, es tan importante como lo que piensa, dice o hace.

En suma, un libro espléndido, que desde su ágil lectura permite entender gran parte de las complejidades de la política, de sus dinámicas y sus emociones, desde la experiencia de quien fracasó y quiso contarle con la difícil sinceridad de asumir que el idealismo, en no pocas ocasiones, resulta incompatible con la praxis política.